

GRAN BRETAÑA, EL MERCADO COMUN Y EL GENERAL DE GAULLE

Bien por reiterar en parte tesis ya conocidas en materia de política internacional, bien por celebrarse en momentos de tensión en el Oriente Medio, bien, finalmente, por ser más comedida que de costumbre, la conferencia de prensa del general De Gaulle del pasado 16 de mayo no produjo en la opinión mundial el alboroto suscitado por anteriores conferencias. Ello no pretende decir que pasó inadvertida y dejó indiferente a Francia y al mundo, singularmente por perfilar cuál iba a ser la postura francesa ante la solicitud británica de ingreso en la C. E. E.

Como tiene por norma, el general De Gaulle sólo respondió parcialmente a las preguntas formuladas por los periodistas. La parte más amplia de su conferencia estuvo dedicada a cuestiones de política interior y apareció como una defensa de las instituciones de la V República, puestas en solfa por los resultados electorales del pasado marzo, y a una apreciación subjetiva de una política social y económica que solicitaba plenos poderes y desencadenó una huelga general, a la que el jefe del Estado francés ni siquiera aludió. De hecho, el único tema de política internacional que el general De Gaulle desarrolló fue el relativo al eventual ingreso de Gran Bretaña en el Mercado Común. Lejos de dar el huraño portazo del 14 de enero de 1963, el general De Gaulle adoptó la voz de falsete del ama de casa que contesta al teléfono que está ausente. Sólo la tendencia a ignorar las realidades pudo inducir a especular en torno a las palabras del general De Gaulle para descubrir el verdadero pensamiento de Francia—queremos decir del propio general De Gaulle—ante la expresa y expresada voluntad británica de traspasar el umbral del Mercado Común, llevando a la práctica el bien conocido consejo de besar la mano que no se puede cortar. En efecto, el éxito económico hasta el presente logrado por la Europa de los Seis tiene un atractivo que no puede dejar insensible a esa Gran Bretaña, cuya languidez económica no consigue remediarse en el marco de una E. F. T. A. creada con vistas a coartar el desarrollo de la C. E. E.

En su respuesta a la pregunta del representante de la agencia Reuter, en París, el general De Gaulle, en nuestra opinión, estuvo todo lo claramente negativo que permite la cortesía diplomática, aun cuando tuviera la condescendencia de apuntar tres fórmulas para franquearle la entrada a Gran Bretaña en el Club de los Seis. Mas las tres se imponían como inaplicables. Ningún miembro de la C. E. E. se arriesgaría a demoler el Mercado Común para acoger al nuevo partícipe, habida cuenta de la filosofía que se desprende del Tratado de Roma. Por otra parte, tampoco Gran Bretaña está dispuesta a reconvertirse—singularmente en materia de política exterior y de política militar—para adaptarse a las condiciones de ese Tratado, no más que a aceptar que su propósito de adhesión se convierta en simple asociación. De ahí que no se expliquen las interpretaciones diversas a que han dado lugar las declaraciones del general De Gaulle, y menos que el Gobierno Wilson no haya cesado en su empeño, tanto más cuanto que Gran Bretaña ha definido a las claras su postura. En el pasado noviembre, Mr. Wilson declaró que un acercamiento a Europa no implicaba para Gran Bretaña obligaciones políticas o militares ajenas al ámbito puramente económico del Tratado de Roma y, poco antes, Mr. Brown había señalado que la solicitud de ingreso en el Mercado Común no suponía una intención de modificar la política exterior británica o de renunciar a las relaciones especiales de Gran Bretaña con los Estados Unidos. Es decir, que si para el general De Gaulle es Gran Bretaña la que ha de adaptarse al Mercado Común, para Gran Bretaña es el Mercado Común el que ha de adaptarse hasta dar cabida a sus conveniencias económicas, pero dejando intactas sus prerrogativas nacionales. Posturas tan dispares se inscriben en filigrana en el «se trata de saber si el propósito es posible en el marco y en las condiciones del actual Mercado Común sin introducir en él alteraciones destructoras» del general De Gaulle. Ciertamente, sin exceso de malicia, cabe asombrarse de que el general De Gaulle no ha mucho dispuesto a hacer saltar hecha añicos la difícil construcción de la Europa económica de los Seis, alabara el 16 de mayo el «edificio teóricamente terminado» de un Mercado Común que «constituye una especie de prodigio», al extremo de poder considerar que el «conjunto constituya un día un elemento susceptible de mantener el equilibrio con cualquier potencia mundial», como dijo anticipando un porvenir a la medida de sus deseos. Por desgracia, días después los acontecimientos del Oriente Medio demostraron cuánto dista del deseo a la realidad. En efecto, si alguna conclusión pueden sacar los miembros de la pequeña Europa del conflicto arabo-israelí, es el papel ínfimo que desempeñaron en la búsqueda

de una solución del problema. Tal vez sea así porque esos pueblos trabados por lo económico no son tan «conscientes del potencial de sus medios materiales y de sus valores humanos», como afirmara el jefe del Estado francés, que pareció olvidar lo acaecido con motivo de la crisis de Cuba de 1962. Pero lanzado el general De Gaulle a exponer una visión del panorama internacional conforme con sus esquemas mentales, y dado que «los Seis forman por su territorio un conjunto geográfico y estratégico compacto»—extremo éste cuando menos dudoso—, resultaba lógico estirar un poco la figura para identificarse con una Europa susceptible de poner término a la nunca desmentida bipolaridad. Mas tan pronto como se inició la agresión israelí, tal bipolaridad se impuso, pese a los esfuerzos del general De Gaulle para meter baza en el diálogo entre la U. R. S. S. y Estados Unidos y hacer las veces de fiel de la balanza. Es decir, que el lugar asignado por el general De Gaulle a Europa en el panorama mundial era inexacto, debido a un mal enfoque del conjunto.

No obstante este fallo de apreciación de las realidades, al señalar a Europa, y más concretamente a Francia, el papel de amigable componedor o de tercera fuerza entre norteamericanos y soviéticos, la conferencia de prensa del general De Gaulle presenta extremos que reflejan un análisis acertado de las particulares circunstancias económicas y políticas que se dan en Gran Bretaña. Justifican la reserva francesa ante su conversión sin reconversión a la C. E. E. En el recuerdo de todos está que «mientras aquella Comunidad se organizaba, Inglaterra se negó primero a formar parte de la misma e incluso adoptó respecto a ella una actitud hostil, cual si viera una amenaza económica y política». Fracasado su primer intento de torpedear la Comunidad, «se aplicó a estrechar sus lazos con el Commonwealth y con otros países de Europa agrupados en torno a él (el Gobierno británico) en una zona de libre cambio». Estas aseveraciones son un exacto relato de hechos que, en su desarrollo posterior, llevaron a un éxito económico del Mercado Común que no se ha dado en la zona de libre cambio o E. F. T. A., lo cual explica en parte las dificultades de Gran Bretaña para resolver sus problemas. De ahí que actualmente haya modificado su punto de vista frente a la C. E. E., sin por ello tener intenciones de modificar las circunstancias que la indujeron a adoptarlo. El general De Gaulle hizo hincapié en este último extremo para explicar su reticencia ante el propósito de ingreso de Gran Bretaña en la Comunidad europea, ello tanto por motivos económicos como financieros, estructurales y políticos. Y con una especie de complacencia, el general De Gaulle enumeró los «formidables obstáculos» que se oponen a la admisión de Gran Bretaña, mientras ésta no lleve

a cabo una reconversión radical que permita una decisión adoptada por la unanimidad de los Estados miembros de la C. E. E. Fue una ducha fría para el Gobierno laborista con prisas por hallar una fórmula que lo ponga en condiciones de sanear una economía incapaz de reactivarse en el marco de la E. F. T. A., que gime bajo el peso de una política de austeridad, en parte impuesta por los compromisos exteriores de Gran Bretaña, y que confía en la aplicación del artículo 108 del Tratado de Roma para restablecer su doliente moneda.

* * *

La crisis económica que padece Gran Bretaña se debe a múltiples causas de índole compleja y que, además, son interdependientes. Unas se derivan de las estructuras internas de su economía, entre las que destaca un índice de productividad claramente inferior al de los países de la C. E. E.¹ y la escasa productividad de las inversiones británicas. Otras se derivan de la naturaleza de sus relaciones con el exterior, singularmente afectadas por su orientación preferente hacia los países del Commonwealth suministradores de productos primarios y que muestran una limitada tendencia al incremento de las importaciones. Es más: los países del Commonwealth se esfuerzan en multiplicar sus mercados y en diversificar sus fuentes de aprovisionamiento, ello con vistas a independizar sus economías, en particular desde el primer intento de Gran Bretaña para ingresar en la C. E. E. A pesar de esta significativa circunstancia, Gran Bretaña ha mantenido aquella orientación casi exclusiva de los intercambios con los países de la zona de la libra. Esta es una de las causas, aunque no la sola, de la disminución de un comercio exterior cuyos cauces están determinados por los vínculos financieros establecidos entre Londres y los antiguos territorios dependientes. Finalmente, la opción política que representa la defensa de los territorios «al este de Suez», coincidentes en gran parte con los

	Porcentaje de crecimiento
Gran Bretaña	45 %
Francia	78 %
Alemania Federal	67 %
Italia	160 %

Economist, 19 de noviembre de 1966.

países de la zona de la libra, es una determinante más de las rutas de los intercambios británicos.

* * *

Entre las relaciones especiales que Gran Bretaña mantiene, aquellas que se derivan de la realidad de un mundo anglosajón se imponen como un hecho lógico. No resultan tan lógicas ni vitales para Gran Bretaña las relaciones especiales creadas al este de Suez, por lo que parece ser afán británico de desempeñar un papel de mantenedor del orden a escala mundial que le siga confiriendo categoría de gran potencia. Traducido en cifras, tal afán representa un gasto de 173 millones de libras para el ejercicio 1967-1968², que no facilita la solución de las dificultades financieras y de paro de Gran Bretaña. Esta, además de las obligaciones impuestas por el Tratado de Manila de 1954, tiene otros compromisos contraídos y diversos acuerdos bilaterales suscritos con distintos países del Sudeste asiático y el África oriental y central, aparte de sus tradicionales relaciones con Australia y Nueva Zelanda. Ello llevó a decir al general De Gaulle que, «dados los compromisos especiales que todavía son los suyos en diversas regiones del mundo y que, fundamentalmente, la distinguen de los continentales, se ve que la política de éstos (los miembros de la C. E. E.), tan pronto como tuvieran una, se asociaría sin duda en ciertos casos a la política de aquéllos (los británicos)». Es decir, que, en razón de los compromisos británicos al este de Suez, Europa—la de los Seis convertidos en Siete—podría verse de nuevo comprometida en áreas de las que se ha retirado, pero donde Gran Bretaña sigue en cierto modo presente y en todo caso activa, por haber dejado allí prendidos los flecos de su manto imperial, lo cual no sucede ni para Francia ni para Holanda, y es obvio para los restantes países del Mercado Común. Por lo demás, «las relaciones particulares que unen a los británicos y a Norteamérica, con las ventajas y también las dependencias que resultan para aquéllos» adquieren un especial matiz de efectividad al este de Suez. En esa vasta área, Estados Unidos y Gran Bretaña se han asignado la ingente misión de mantener la influencia anglosajona. Esa área periférica abarca desde el Golfo Pérsico al Océano Pacífico y comprende a Australia y a Nueva Zelanda. De ahí que actúen de consuno en la persecución de este objetivo y que exista un verdadero reparto de las responsabilidades, derivado

² Vid. RENÉ VERMONT: *La Grande-Bretagne «à l'Est de Suez»*. «Revue de Défense Nationale», París, mayo de 1967, pp. 783-801.

de una identidad de criterios en cuanto al futuro deseable en esta parte del mundo. A Gran Bretaña corresponde la responsabilidad del Golfo Pérsico y de la parte occidental del Océano Indico. Desgraciadamente, la multiplicidad de los compromisos británicos en esa área—compromisos que son además de índole muy diversa—y la dudosa fortaleza de los Estados con que los ha contraído, hacen que la disuasión que se consigue se asemeje a un esfuerzo por mantener un orden artificial y puesto en tela de juicio, como lo demuestra el estado de subversión más o menos latente que allí se observa. Pero ese esfuerzo vitaliza sus relaciones con Estados Unidos, con los que actúa de común acuerdo, y asegura la protección de Australia y de Nueva Zelanda, los más antiguos miembros del Commonwealth y los más fieles. Esta «masa muy considerable y muy particular de intereses y servidumbres económicas y políticas», que forman parte, irrenunciablemente, del equipaje de Gran Bretaña apareció en la conferencia de prensa del general De Gaulle como el caballo de Troya que, sin lugar a dudas, daría al traste con la C. E. E., habida cuenta singularmente de las revisiones que impondría una vez introducida en la plaza. El general De Gaulle la defendió con una falange macedónica de argumentos de peso. Forzarían el convencimiento si fuera posible creer que el general De Gaulle es de los persuadidos de que en la entraña del Tratado de Roma se gesta realmente a Europa, unión de todos los pueblos europeos invitadas a lograr tal objetivo partiendo de lo económico. La interpretación francesa de las reglas comunitarias en 1965 sugiere a las claras que el general De Gaulle abriga serias dudas respecto a la finalidad, no ya sólo económica, sino total, que persigue el Tratado de Roma. Porque en contradicción con la postura adoptada el 16 de mayo, a las claras inspirada por el deseo de aducir razones susceptibles de convencer a los miembros de la C. E. E. más favorables al ingreso de Gran Bretaña—Alemania Federal, Italia y Holanda—, toda la política exterior y europea del general De Gaulle ha sido y es exponente de un incuestionable propósito de autonomía política y militar y de la aspiración a conseguir para Francia un papel preeminente en Europa, utilizada como rampa de lanzamiento para empresas de mayor vuelo.

El temor fundamentado a tener que compartir con Gran Bretaña el liderazgo en la C. E. E. es el que ha movido al general De Gaulle a mostrarse exigente frente a un ingreso que modificaría los términos del problema tal como se plantea en la actualidad. Aunque se amparara en argumentos comunitarios y que estos argumentos respondieran a hechos reales, era Francia y su papel en el Mercado Común lo que defendía el jefe del Estado francés,

pues nadie mejor que él sabe cuán frágil es esa base comunitaria que Francia, ciertamente, no ha contribuido a consolidar. Pero frente a los argumentos político-económicos en contra del ingreso de Gran Bretaña están los argumentos en favor. Cabe destacar entre éstos la fidelidad al llamado espíritu del Tratado de Roma, la posibilidad para la C. E. E. de desempeñar un papel a escala mundial en lo político, un mercado ensanchado, una mejor división del trabajo, una reducción de las barreras aduaneras que favorecería la expansión, y la aportación tecnológica de Gran Bretaña. Es de suponer que estos argumentos encontrados den lugar a forcejeos susceptibles de alterar la quietud de un Mercado Común todavía favorablemente impresionado por la rara unanimidad lograda con motivo de las negociaciones de la «ronda Kennedy». Esa identidad de criterios en un aspecto concreto de lo económico tal vez haya influido en la visión de pronto comunitaria de los problemas por parte del general De Gaulle en su conferencia del 16 de mayo, llevándolo a estimar que la cohesión ya se había logrado en los ámbitos de la política y de la estrategia, por lo cual era preciso que los restantes miembros de la C. E. E. aunaran sus esfuerzos para aprestarse a la defensa de una Comunidad estructurada tal como conviene a Francia.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA.

